

# EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANAL DE BELLAS LETRAS.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. . . . . 40 rs.	Tres meses. . . . . 24 rs.	Tres meses. . . . . 30 rs.	Tres meses. . . . . 40 rs.
Seis meses. . . . . 18	Seis meses. . . . . 40	Seis meses. . . . . 50	Seis meses. . . . . 64
Un año. . . . . 28	Un año. . . . . 76	Un año. . . . . 90	Un año. . . . . 112

NÚM. 2.

Domingo 8 de Marzo de 1868.

UN REAL.

### SECCION 1.<sup>a</sup>

EL INGENIOSO HIDALGO

## D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I.

**De como salió otra vez al mundo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha.**

Eran las siete de la mañana del día doce de Mayo del año mil ochocientos sesenta y cuatro cuando me encontraba yó, el Bachiller Avellanado, en medio de la pendiente de una colina, vestida de escasos y raquíticos árboles salvages, y de vários matorrales que nacian como fósiles en un terreno negro, lleno de peñascos y sembrado de cantos rodados. La niebla densa que reinaba mostraba sus infinitos átomos de hielo, que, impelidos por el viento desatado, pasaban en remolinos por delante del sol, fingiendo una batalla de mónstruos y fantasmas colosales. Las járas destilaban panales de escarcha, y el inmediato valle parecía profunda sima á la que iban á precipitarse las montañas.

Aleve es aquel terreno. Cada grieta, de las muchas que presenta, es la garganta de un ántro: si arrojáis por cualquiera de éllas una piedra, la oiréis ir cayendo de escalon en escalon hasta el abismo. El sonido se pierde en la distancia, y ántes faltan oídos que á la piedra espacio que caminar. Cada fáuca de ésas tiene una história triste que aprenden pavorosos y cuentan asustados los habitantes del país. La elocuencia de Dios hábla en todos los estilos; es bella y candorosa en la primavera, terrible en la tormenta, profunda en la agonía del niño, plácida en la dorada tarde del otoño, ceñuda y

sublime en la Cueva de Atapuerca, cerca de Burgos, que es un lugar de Castilla de cuyo nombre he querido acordarme.

La montaña de que háblo presenta en la mitad de su vertiente un camino encubierto, paralelo á la longitud de la colina, que comienza pronto á descender por un callejon formado por dos muros naturales de roca viva, adornados de musgos, bordados de raíces, embellecidos por alelies silvestres. La yédra que nace entre las grietas, que las ábre y prolonga con su cuña incesante y poderosa, y hace saltar las piedras aceradas, sostiene despues de su victória con su frondosidad y con sus úñas los pedazos de roca que ha separado, los engalana con hojas fréscas, y entre éllas anidan áves nocturnas, culebras y lagartos, que al salir el sol retuercen y brillantan su escamosa coraza de mosaico.

Al fin de este foso natural es preciso torcer á mano derecha, y se presenta inopinada una grande gruta, en la que ardian á la sazón troncos enormes de encina, y chisporroteaba un gran monton de hojas de róble. La bóveda, llena de profundas heridas, vierte su sangre roja y negra en pausadas gotas, que al poder de los siglos han labrado redondos hoyos en el suelo. Por el costado derecho no hay paso; por el izquierdo se deja ver á flor de tierra un ojo monstruoso con su ceja de colosales proporciones: la pupila de ese ojo es la imponente entrada á la caverna.

En aquel pórtico salvage del subterráneo palacio, cuyo cielo son las entrañas de la tierra y el pavimento un abismo, el humo de la hoguera, chocando con el rudo y combado techo, se revolvia en huecos y livianos rollos pardos, luchando por huir de aquella cárcel. En aquella antesala del averno yá no hay séres vivientes y



se despide toda vegetacion. Los perros que llegan forzados á aquel sitio, levantan la cabeza, olfatéan hinchando y dilatando la nariz y húyen despavoridos.

Penetré por aquella tenebrosa pupila sin rumbo ni guia, y se presentó una bajada tortuosa, rápida y larguísima, toda llena de rocas y cubierta de un lodo y moho casi negro. El cielo de la cueva mostraba, entre sus confusas sinuosidades, las señales, aún blancas, de los enormes trozos suyos, que por su enorme peso se habian desplómado sobre el suelo, llenando de montañas aquel valle siniestro y desconocido.

El fin de la pendiente es un salon altísimo, casi redondo, de ciclópeas formas y proporciones.

Los orientales han debido encontrar su arquitectura en estos senos hondos de la tierra. Las estalactitas cuelgan de lo alto adornando la sólida techumbre, deshaciendo elegantes la triste general monotonía. Las hay blancas como los esqueletos de la Siberia, amarillas como cadáveres, verdes como cardenillo, negras como hierro. No oséis romper alguna de ellas para verla á la luz de nuestro mundo, porque pierden aquí toda su belleza, gracia y encanto. Es preciso dejarlas en su sitio.

De cada estalactita pende una gota de agua en la que se descomponia la luz de mi vacilante hacha de viento. Cada una de esas gotas, que ha tardado muchos dias en formarse, ha dejado á lo largo de la estalactita casi todas las sales que llevaba consigo, y al caer sobre el suelo produce un sonido en aquella helada quietud como el que deben producir las pisadas de la muerte. Las últimas materias extrañas de las gotas que se filtran por el techo forman en el pavimento medianas pirámides, que parecen figuras humanas doloridas. Esta es una muger con los ojos bajos, el cabello despeinado atrás y adelante y los brazos cruzados sobre el pecho; ótras son plañideras, cuyas cabezas miran al cielo, como intentando exhalar áyes tristisimos. Son innumerables séres de roca, pero dotados de muda é incomparable elocuencia: una generacion, toda de piedra, que ha construido el tiempo en las entrañas mismas de la tierra. Allí no háy nada del mundo; ni aún el éco. No alcanzan á aquellas lóbregas mansiones las raíces mas hondas de la encina. Los últimos peñascos de la tierra son la sorda techumbre de la inerte región, vasta y helada.

Abandoné varias galerías, que se me presentaban todas á un tiempo así como gargantas del Cerberó, y escogí la que me pareció la más profunda. El ruido de mis pásos parecia el de alguna fantasma que me iba siguiendo para vedarme el ir atrás, si yó lo intentára. Caminé difícilmente larguísimo trecho, y á cada paso ad-

vertí que se aumentaban la hermosura, el encanto y la belleza.

Hay en las paredes diferentes estancias con adornos, que soportan paisages filigranados, estatuas, flores, vasos, úrnas, flecos cual los de la enredadera de los bósques: fuentes clarísimas, que en conchas festonadas recogen las linfas abundosas que vierten serpientes enroscadas; móles célticas, naves adornadas de ojivales ventanas con caireles de delicada y rica crestería: portadas y recintos, dó reposan en sueños misteriosos mas misteriosos séres sobre las gradas frias en sus helados brazos acostados.

Tal vez se suele hallar un esqueleto; es él de un desventuradó que no supó encontrarse la salida: tal vez se halla un recinto de esqueletos humanos todo lleno: tal vez una corriente subterránea de una profundidad desconocida os véda vuestra ruta: tal vez sentis que el suelo que os sustenta es falaz y engañoso, é intenta sumergiros; y os atrae y os obliga con horrible poder incontrastable. Mas tarde se hace imposible todo paso: la senda continúa, pero descendiendo engañadora y astuta hasta que se convierte en negro pozo.

Tomé asiento al lado de aquel horrible ántro: dejé el hacha en una grieta de las piedras, coloqué mi cabeza entre mis manos y los codos en las rodillas y comencé á reflexionar. Sentia que me decian «¡anda! ¡anda!» Las ideas que se despiertan en aquel sitio son todas diferentes de las de este mundo. Para pensar profundamente es preciso salirse de esta tierra, la cuál mirada desde allí no tiene tamaño.

Volví la vista á un lado, y vi una roca enorme como una esfingé de ademan amenazador: su rostro significaba implacable cólera. Las ondulaciones de la llama azul de mi hacha daban un movimiento retemblante á aquel fúnebre gúardián: sus ojos brillaban como lúces. Segun los míos se fijaban en los contornos de la sima, iban presentándose multitud de séres monstruosos alrededor, que se atropellaban incessantes por entrar ó salir de aquel cocyto. Me daban á entender el cruel castigo debido á mi osadía. Leía yó allí una inscripcion harto más espantosa que la del infierno del Dánte.

Até una cuerda al cuerpo del fantasma y comencé á descender, llevando una linterna sorda atada á la cintura: tomé con entrambas manos aquella cuerda y fui bajando por aquel abismo jamás explorado. No hay poder caminar si se hace caso de fantasmas. Los primeros momentos fueron horribles: me sostenia sólo en mis manos clavadas á los nudos de la cuerda, que temblaba y oscilaba sobre aquel averno. Esta es, sin embargo, nuestra posicion en este mundo. Nada sobre mi cabeza; nada bajo de mis pies; la oscuridad envolviéndome por todas

partes; rócas que destilaban agua alrededor. En este instante, por un movimiento, del cual no sé darme la razon, abrí mis manos y me precipité por aquel pozo. Lancé un grito de horror; perdí el sentido; cesaron los latidos de mi pecho.....

Y di en un espléndido palacio, sustentado por columnas de aéreas palmeras de transparente y casi incolora esmeralda, cuyas dóciles ramas vestían la luciente y blanca techumbre sembrada de pequeñísimas chispas de oro puro. Una fuente de selectísimo diamante destilaba sobre sus delicadas, dobles tazas millares de hilos de sonoras y perfumadas aguas, que daban campo y brillo á los colores de alegres, esmaltados pececillos de plata y azabache, de perla y fuego ardiente. Manteníase en lo álto del espacio, sobre sus extensas, delicadas, blancas álas una deidad hermosa con agradable sonrisa, y su dedo de alabastro, unido á sus lábios coralinos, parecía decir, «guardád silencio.» Muchas áves volaban caprichosas por aquellas sus áuras inmortales, y descansaban luego, por peinarse con su pico, sobre relieves ricos de aquellas brillantísimas paredes, pobladas de guirnaldas, perturbando inocentes la quietud de pintadas mariposas, que daban á las brisas sus aterciopelados abanicos de delicado, vivo y lindo esmalte.

Yó caminaba allí á veloz carrera, sin rozar tan siquiera el pavimento, por sér fuero del álma prescindir con querer de esta matéria, que grosera se arrastra por el suelo, y penetrar las célicas mansiones de la inmortalidad, su eterna pátria. El tiempo, como siervo, estaba detenido á los umbrales mismos del alcázar radiante y misterioso; y los rostros de todas las personas que allí habia, conservaban en todas sus facciones la agradable frescura, y la primavera, niña alegría de los primeros años inocentes.

Y ví por las campiñas templos cual los que vió la antigüa Grécia: alcázares de mármol sobre erizadas rocas asentados: monumentos de bronce perfilando los lados de las vías: verdes, frondosos valles y caudalosos ríos, sobre los que bogaban pareadas ordenadas barquillas, sin agitar apenas los cristales de aquellas limpias y benignas aguas. Tropas de cisnes, liras y faisanes, que entre el ramage de escondidos bosques su plumage lucían esplendente; y espumosos torrentes, que entre jásperes, variados de colores, sus caudales vertían, blancos primero, hirviétes, espejo luego del sereno cielo, una vez descendido á la llanura por las riveras de pintadas flores.

Por una y otra parte sobre mil pedestales se veían las imágenes blancas de los héroes. Homero, el padre, él de la trompa épica sor-

prendida una vez sobre las áras del gran recinto del Señor de Délfos: Corinna frente á Pindaro: Sócrates, el sublime desterrado del envidioso mundo por el hombre: Ovidio, el tierno Ovidio, y Virgilio, del árte el grán monarca; cuantos sublimes génios inmortales robó la muerte á la doliente vida, se encontraban allí.

César aún dirige su vista penetrante sobre la antigüa Roma: Ciceron en su auréola esplendente muéstra constante el inefable lema de «Padre de la pátria»: Godofre de Bullon separa osado á los antigüos de los modernos siglos, y el inspirado Tasso canta caballerosas aventuras, miétras el gran Colón levanta el manto, que cubre medio mundo, posando altivo pié sobre los máres que contienen sus iras insaciables bajo la fé y poder irresistibles de tan incontrastable y noble planta.

Y estaba allí tambien el grán Quijote de la Mancha comenzando su conversacion con su escudero, que se limpiaba los ojos con la mano. Era la única habla que allí se oía la suya, acaso por ser la única digna de ser oida; y decían el úno y el ótro así.

— Por mi ánima, Señor Don Quijote, y ámo mío, que fué pesado sueño él de esta noche, que no parece sinó que he dormido como tres siglos, segun lo que me cuesta despertar y volver en mí: y aunque lo procuro, no sabré pensar ni decir como llegamos sobre el rúcio y Rocinante á estas tan dilatadas y amenas campiñas, que no las ví semejantes en toda mi vida.

— De ésas me pasan á mi, Sancho amigo, respondió Don Quijote; pues no me hallo más hábil, ni más sábio que tú para explicarme la cáusa de este profundo y poderoso sueño que hemos pasado: mas, sabré decirte, si lo demás no sé, que me parece que esta pasada siesta me ha renovado y rehecho, segun me encuentro animoso y esforzado para seguir mi profesion excelsa, digna de los brónces y mármoles del Egéo, no menos que de los áltos y eternals de la encumbrada Frigia.

— De Dios nos venga el amparo, dijo Sancho; que así debiera de sér como su merced dice: y ló de corcovado y deshecho vuesa merced lo entenderá, y ló de esos angéos y lexias, que, lléveme el diablo si lo alcanzo: mas lo que entiendo y conozco és que debemos reposar en esta aventura, y en esta tierra, que debe de ser Jáuja, por lo que se muéstra de abundante y generosa por todas sus partes, sin mas entrometernos á desfacedores de entuertos, ni enderezadores de agrávios, ni á matadores de mucilagos, ni á tejedores de hilamientos, que hayan sido, ó que lo puedan sér. Y, á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga; y mas vále un «toma», que dos «te daré»; y duelos con pan

son menos; y no sinó hacéos de miél y comeros han las moscas.

— No más, por Dios vivo, Sancho, dijo Don Quijote, que ván cuatro seguidos, y llevas traza para otros cuatrocientos disparates. Y bien se vé, que génio y figura hasta la sepultura, y, quien malas mañas há tarde las pierde.

*Al número siguiente.*

SECCION 2.<sup>a</sup>

ROMANCES ESPAÑOLES.

BERNARDO DEL CÁRPIO.

I.

Hazañas.

Reinando en esta Castilla  
El Rey Don Alfonso el Magno,  
Que ganó tal sobrenombre  
Por sus admirables fástos,  
Vivía el buen caballero  
Que llaman Bernardo el Cárpio.  
Siémpre los grandes monarcas  
Consiguen grandes vasallos;  
Y aunque algunos buenos críticos  
De la história desterraron  
Del Cárpio la rica história,  
Yo haré ver lo que hace al caso,  
Que soy vida de leyendas  
De este pueblo castellano.

Bernardo del Cárpio vive,  
Y vivirá eternizado  
Y en la tradicion más fuerte  
Que los tiempos y el amaño,  
Y háy dos vidas en el mundo  
Que no todos saben harto.

Era el rey álto de cuerpo,  
En sus designios mas álto,  
De buen rostro y apostura,  
Invencible en lo magnánimo,  
Segun destaca su talla  
Sobre sus contemporáneos.

Señalose en lo guerrero,  
Muy poco en lo cortesano,  
Que consiste en irse al bulto  
El ir bien encaminado,  
Dejando las apariencias  
Que son quimera y escándalo.

Fué el rey invariablemente  
De los mendigos amparo,  
Grán vencedor de si mismo,  
Sin hallar en ésto obstáculo,  
Sabiendo que el hombre bueno  
De adentro afuera vá andando,  
Y para dár á los ótros  
Tener mucho es necesario,  
Y dár lo que no se tiene  
Es empresa de milagros,

Y él que flaco en si conserva  
Cáe siempre por su flaco.

Este monarca hizo el templo  
Del Apóstol Santiágo,  
Pues le halló de tapiería  
Y supo labrarle en mármol.

La vida de Don Alfonso  
Es un triúfno continuado  
Contra ambiciosos y alárabes  
Y arteros enmascarados,  
Los cuales cayeron todos  
A sus plantas suplicando,  
Y el monarca en todos hizo  
Lo que bien venia al caso.

Llegó el año de ochocientos  
Con otros sesenta y cuatro;  
Levantose torvo y negro,  
Donde quiér convulso y caro,  
Y quisieron los de Arábia  
Que los tuviesen por álgo  
Cuando Alfonso lo era todo,  
Por llevarse fuerte chasco.

El Rey moro de Toledo,  
Por dár gusto al Califado,  
Se vino contra Castilla  
Con grán tropel de caballos  
Y brillante algarabía  
De peatones forzados;  
Pues los Califas de Córdoba  
No pasaron de africanos  
Jamás, con todo su oro,  
Joyería, ruido y boáto.

Alfonso levantó gentes,  
Halláronse en esos campos  
Únos y ótros várias veces;  
Brávamente pelearon,  
Y catorce mil cadáveres,  
Que dejaron humeando,  
Contaron á los Califas  
Lo que eran los castellanos.

Hád cuenta que sobre Córdoba,  
Lector, se desgajó un rayo  
Con nueva tál; pues el moro  
Es orgulloso y osado;  
Y entónces los cordobeses,  
Movidos por su entusiasmo,  
De tal manera vinieron  
Con alharidos y estragos,  
Que parecian aquéllos  
Los tiémpos de Cayo Mário.

Alfonso entre tanto grito  
Dispuso luchar callando,  
Que es general el silencio  
Antigüo y acreditado;  
Y de aquella misma suerte  
De Covadonga y Pelayo  
Los montes y las montañas  
Cayeron sobre los bárbaros  
De tal suerte, que digeron

Los que vieron aquel campo:  
«Con dos hazañas como ésta  
Se concluyó el Califado»;  
Pues solo quedaron vivos  
Diez moros para contarlos.

Hecha pedazos la presa  
Que se opuso tantos años,  
Con renaciente denuedo  
Montó el Monarca á caballo;  
É inundando las comarcas,  
Y rompiendo todo obstáculo,  
Puso sus reales pendones  
Mucho mas allá del Tajo.

## II.

### La demanda.

Porque el hombre, aunque lo intente,  
En esta mudable vida  
Sublime encontrar no sabe  
Si no vá por mas arriba,  
Y es frecuente que en los triúnfos  
Al autor de ellos se olvida,  
Entre el oropel del mundo  
Ofuscándose la vista,  
Para preciso remedio  
La historia nació; que cuida  
De dar al efecto causa  
Sin la cual nada se explica.

Para encontrar en el hombre  
Su admirable gerarquía  
Preciso es quitar del cuerpo,  
El forro que tanto eclipsa,  
Pues si el cuerpo vá con ella  
La corromperá en seguida.

El Caballero del Cárpio  
Es el alma de la lidia  
Que Don Alfonso sostuvo  
Con la implacable morisma,  
Con su rival formidable  
Don Fruela el de Galicia,  
Y Éndo Duque de Aquitania,  
Y la ambicion desmedida,  
Que es de todo tiempo y caso  
El orin, polvo y polilla.

Bernardo toda esta historia  
Brillante personifica,  
Alegoría excelente  
Entre las alegorías  
Que el génio español fecundo  
Crea ardiente, lábra y pinta.

Así cual el griego poeta  
Llena los rios de ninfas,  
Los bosques del altivos sátiros,  
Los mares de comitivas,  
De madreperlas vivientes,  
Y el ántro de coralinas  
Habitaciones de seres  
De existencia y faz distintas,

Así el español católico,  
Con mas noble poesia,  
Escribe en héroes su historia,  
Invencion toda divina,  
Porque es su espíritu todo  
La religion que le anima.

Es, pues, Bernardo del Cárpio  
Devoto guerrero; agita  
Los sucesos de su tiempo  
Con secretas maravillas,  
Como el calor de la atmósfera  
Las simientes vivifica.  
Jamás emprende batalla  
Sin que váya en romería  
A Santiágo; en venciendo  
Fúnda en el campo una ermita  
Donde ancianos ermitaños  
Más y más se santifican,  
Y son del héroe cristiano  
La luz que alumbra la vida.

Y despues, porque la plebe  
No entiende filosofías,  
Y solo vé por los ojos  
Y el tácto es toda su crítica,  
Entierran al buen Bernardo  
En medio de una colina  
Entre robles y entre enebros,  
Hayas, jarales y encinas.

Yó he visto esa antigüa tumba,  
Yó ví esas nobles cenizas,  
Yó ví el sepulcro de piedra  
Con una inscripcion latina  
De letras góticas grandes  
Y labores geroglificas  
En una gruta que adornan  
Caireladas cresterias  
Que el tiempo labró piadoso  
Con bellas estalactitas;  
Y ví á Bernardo del Cárpio  
Alzarse en su tumba fría  
Y contar del Rey Alfonso  
Las proezas inauditas.  
Y allí el olor de la historia  
Nacional se percibia,  
Que nunca encontrar yó pude  
En nuestras galas postizas,  
Que tan ignorantemente  
Renuncian su gerarquía.

¡Dichoso el pueblo que guarda  
Memorias tan peregrinas,  
Pues si allí no está él del Cárpio  
Vive allí la patria mía!

Tenia el buen caballero  
Un padre á quién más placian  
Que del rey las pretensiones  
Las cosas sus enemigas;  
Pues juzgaba el viejo que era  
Aquella ocasion propicia  
Para hallar la independencía

De Leon contra Castilla,  
Mientras juzgaba su hijo  
Que los hombres necesitan  
La unidad de la creencia  
No menos que la politica,  
Y el Rey hizo prisionero  
Al buen viejo allá en Galicia.  
Es cosa comun en hombres  
Tener ideas distintas  
Si no parten, como deben,  
Del mismo punto de vista.

Llegadas, pues, al reposo  
Campañas tan repetidas,  
Que eternas hace la fama  
Con su incesante bocina,  
Al monarca pide audiencia  
El buen caballero un dia,  
Y de esta noble manera  
Se produce y solicita.

«Grán Rey Don Alonso el Magno;  
Conoces bien como lidia  
El que hoy humildosamente  
A tus pies gime y suplica:  
Sabes bien cual la victoria  
Llevó donde tú querias,  
Al rey defendiendo siempre  
Y el derecho y la justicia.  
Señor eres tú, mas cuenta  
Que vasallos necesitas,  
Y si piensa la cabeza  
Sin el cuerpo no se lidia.

El brazo su parte tuvo  
Por ser quien tajante hendia  
Los tupidos escuadrones  
Haciendo tan ricia riza,  
Que rey fuiste, y rey triunfaste  
Porque tal brazo tenias.

Tambien peleó el caballo  
Que supo llevar encima  
De su poderosa espalda  
Los pendones de Castilla;  
Y tienen tambien su parte  
La loriga y capellina,  
Aunque esta te pareciere  
Campaña muy extendida.  
Y digote todo aquésto  
Porque conozcas aina  
Que algo es ser brazo y caballo  
Y arnés de que bien te sirvas  
Cuando tales tiempos corren  
De tal encono y falsia.

Acuerda, el Rey Don Alfonso,  
Que cuando no conocian  
Los pueblos de tus estados  
Tu estandarte y tu divisa,  
Entre tus fieles personas  
La primera fué la mia;  
Mia la voz renaciente  
Que infundió valor dó iba,

Y élla fué por todas partes  
Delante de tu familia;  
Y siémpre ha sido primero  
La voluntad que la liza  
Y el amor á tu persona  
Que nó mi persona misma.

Fieles ya se te hacen muchos,  
Mas la obediencia pasiva  
Cabeza muéstra tan sólo  
Y sin corazon sumisa.  
Sé rey de los corazones  
Y serás rey de Castilla.

Jamás te digo palabra  
En mi favor; la hidalguía  
Mejor que prémios procura  
Cumplir el deber; mas mira  
Que gime en hierros mi padre  
En tal prision que horroriza;  
Y si rey tener yó debo  
Tengo padre todavia,  
Y vé que al decirte aquésto  
Aquestos ojos se hinchan  
Que jamás ha humedecido  
La muerte torva y vecina.

*Al numero siguiente.*

### SECCION 3.<sup>a</sup>

## COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

### LOS NÉRVIOS.

Todo fué criado en el principio del mundo menos los nervios. Estos han nacido en el siglo actual.

Hoy los nervios lo son todo. Yó soy médico; no conozco la enfermedad y se la endoso á los nervios. ¡Hágame usted el favor de desmentirme!

Mi mujer hace de mí lo que quiere: por los nervios.

Todo ataca á los nervios; aquellos nervios que en lo anti-güo debian, á lo menos, estar latentes.

Hé estado buscándolos treinta años y no les he visto: la óptica no puede tanto.

¿Qué diablos son los nervios? Y me apliqué más y más á mis estudios; ni comí ni dormí, ni hice cosa de provecho, y sólo conseguí ponerme nervioso.

Por fin dí con un libro.... ¡bendito sea su autor que me sacó de dudas! Bien decia un amigo mío: «Una vez sola que un libro te saque de confusiones te pagó su coste, sea el que se fuere.» Tenia razon mi amigo; y por eso me costó mi libro muy buenos cuartos.

Con que leí, leí y mas leí, con una ánsia, con un calor, ¿qué diré? con un *aqué!*, que aquéello era un tormento. Y despues de engullirme el libro, si bien es la verdad que no aprendí nada, en cámbio me hallé con este final al fin de seiscientas páginas. «El sistema nervioso es un misterio: vanos han sido los esfuerzos de la humanidad sobre este asunto.»

Bien decia mi amigo: en saliendo de dudas el libro está pagado. Mi libro vale tanto como muchísimos otros. Una estátua al autor, que como tantos, sabe poner tal remate á su edificio.

Este remate es él de los edificios de Herrera, que acaban

siempre en bola. Ahora veo de donde vienen los bolonios, y no de Bolonia.

Con que me atacaron tambien á mi los nervios, queriendo hacer conmigo un Waterlòo; y yó casi respondí como la guardia imperial. Victor Hugo dirá cómo.

¿Llamar á los discipulos de mi libro? ¡Un diablo! primero á Jadraque.

Y por remedio tomé una de mis diversiones; cualquiera; hacer pompas con agua de jabon; sacarme mentiras de los dedos, como otro las pudiera sacar por la boca; decir el abecedario once veces; y los nervios se callaron. Créo que el remedio fué el *a, b, c, d*; y quien no le sabe no cura los nervios.

¡Ola!, dige, ¡ciudadanos! ¡con que estáis en la imaginacion, la cual en cuanto se apacigña os callais la boca, éh! ¡Ah, picarillos!

El cuerpo es el alhambre del telégrafo y la pila la imaginacion.

¡Mire usted que demónio! Por éso no habia nervios en el siglo pasado! porque no habia telégrafos.

El pedernal está frío, y tambien el acero; les golpéo y frote y échan chispas. Tambien las écha cualquiera cuando está nervioso.

Nada, nada; *A, B, C, D*, y asunto concluido. Si se necesitase mas química, agua fresca; pero no sólo para el cuerpo, para el alma.

Si la muelen ustedes, ¿qué ha de resultar? una chispa de sataná!

El licor, el café, los negocios y cualquiera ótra toma espirituosa es meter una luz en una atmósfera de hidrógeno.

La religion que prescribe la pureza del pensamiento es el mejor y mayor volumen de medicina.

La fuerza y virtud magnéticas que residen en todos los cuerpos más residirán en él nuestro.

El alma nuestra es racional; lá de las bestias es instintiva, el alma de la materia toda, ni racional ni instintiva, pero energética, es el imán, el magnetismo.

El magnetismo animal agitado por la pasion hace del hombre un horno de cal. Ya parecieron los nervios.

Un amigo mio los buscaba en el cuerpo humano con un anteojo. ¡Diablo de operacion! Este hombre buscaba las palabras en el hilo de un telégrafo: esperaba verlas al pasar.

Lo que no busca un hombre no lo busca un loco.

Con que los nervios deben curarse en el alma; hay que procurar la medicina del alma, que se sintetiza en estas palabras: tranquilidad, gracia.

¿En donde está la botica? Veámos.

Viene el ataque de nervios y se comienza, *a, b, c, d, etc.*, etc. ¿No basta? Tomád una moneda, cuanto más rica mejor, y dirigios á casa de un desgraciado.

Mirád aquella infeliz esposa casi exánime porque no tiene alimento: ved aquellas criaturas que la cercan y piden pan. Dejád allí la moneda, mirád al Cielo, pero con inocentes ojos, y los nervios se alivian.

¿No es bastante? Colocád sobre vuestras rodillas al niño mas pequenito; besádle; dejadle que juegue con los anillos de la cadena de vuestro reloj; dádle un dulce. El niño resucita, revive, os mira, se rie por fin; aquella risa os pone bueno.

Esa risa es como la del pimpollo de la primavera; como la del sol por el Oriente, como la del arroyo del bosque.

¡Preguntád por los nervios!

Las batallas contra la pasion extralimitada, si consiguen la victoria del hombre, humillan á la materia.

Que la criada no se os vuelva respondona.

Uno de los bonitos métodos es curar los nervios con tifa. Y

es generalmente el camino que llevamos en todas nuestras cosas.

Del sistema de vida, del estado del alma brotan los nervios casi siempre.

Un enemigo mio me tira á la cara una candente injuria, y se revuelve mi cuerpo, mi espiritu se agita, mi ser todo es una caldera de liquido en ebullicion. Voy á tomar una pistola..... pero miro al cielo con inocentes ojos y me doy á buscar, no el silencio solamente, sino la ocasion de hacer un gran bien á mi enemigo, sin que él lo sepa, y el liquido viene á completa calma.

No hay nada como escarmentar á los nervios que no pasan de chicuelos mal criados. ¿Se rie el mundo? Mas me rio yó, y salgo ganancioso.

Un piano desafinado no pasará jamás de algaravía. No háy piano sin corista.

A música delicada afinacion exquisita.

#### SECCION 4.<sup>a</sup>

### VARIEDADES.

#### VERSOS DESLOCADOS.

*Lós del número anterior.*

Detener de fortuna la rodaja  
A pocos concedió poder divino;  
Y si la cúbmbre desvanece el tino,  
Tambien, tal vez, la cúbmbre se desgaja.

*Componéd éstos de Quevedo.*

Si fortuna destrozo ó lo poséo  
Valdrá el tener deséo temo gozo  
Actor lo que no en mí perder la elija  
Cuando me poco de que ni no réo.

#### CHARADA.

Mi primera hasta el cielo humilde eleva  
Mi admiracion, mi vista, mi deséo,  
Porque sólo está allí, no en la alzará  
Dé este faláz y transitorio suelo.

Es la segunda á la tercera unida  
O el bien ó el mal, infamia ó buen provecho,  
Segun la emplée el ánsia de los hombres  
O el honor y el deber; todo está en éso.

La segunda y la quinta el mundo inventa  
Pensando ser feliz, y en vez de serlo  
A peór condicion llegar consigne,  
Que es camino el mejor el justo y recto.

La segunda y la cuarta hacen mas locos  
Que cavén en el mundo, y es lo cierto  
Que sin éllas no háy nada en todo el órbe,  
Que es cosa singular por su misterio.

La cuarta y la tercera no te rompan,  
Lector, porque de veras te respeto,  
Y se encolan muy mal una vez rotas,  
Áun procurando los mejores médicos.

La quinta y la tercera son peores  
Que el prusiano cañon; y juro cierto  
Que me gustan muy mucho en todas partes  
Por su encanto, costumbres y su mérito.

Y en junto la charada significa  
Que no es la fuerza el rey del universo,  
Que un clavo hacer caer una herradura,  
Y al caballo despues, y al caballero.

## LA ALONDRA, EL CARACOL Y LA MOSCA.

## APÓLOGO.

Trás una mosca dorada  
Volando una alondra bella  
Fué á parar á la enramada  
Mas verde de la floresta,  
Y allí revoloteando  
De hoja en hoja, vió en la yerba  
Un caracól que llevaba  
Su pesada casa acuestas.

— Buenos días, el rastrero.  
— Muy buenos, la pizpereta.  
— ¿Quiére cojerme esa mosca  
Que me trae dando vueltas?  
— No está en volar la ventura,

Hermana; más interesa  
Andar bien, cual cada uno  
Se dé maña y mejor deba.

Bien se yó que avanzo poco,  
Mas éso no me dá pena,  
Qué, si me coje la noche  
En cualquier parte desierta,  
Posada conmigo llevo,  
Y tengo la cama hecha,  
Barníz para mi camino  
Con que mi casa se tenga,  
Y aprendí buen artificio  
Para fabricar vidrieras;  
Y ni el frío me acoquina,  
Ni la lluvia me dá guerra,  
Ni los vientos me incomodan,  
Ni la nieve me despierta.

Vigilád, vós, entretanto,  
Que si el árbol se menéa,  
Peligráis, que él que está en álto  
Por casualidad sosiega.

— ¡Vaya por el entendido  
Y qué cosas que nos cuenta!  
¿Si querrá darme parágüas,  
Y gabán, gorro y chinelas?

El que vuela en álto, vive,  
La atmósfera adorna y puebla,  
Sus cánticos dá á la aurora  
Sin temer á las tinieblas,  
Y él que vuela nunca cáe  
Aunque el árbol cáiga en tierra.

¡Mirád que es morir mil veces  
Morir bajo una carreta,  
Ó la suela de un zapato,  
Ó comido por las bestias,  
Fiándo toda la suerte  
Al recurso de la inercia!

— Bueno es que chárten y chárten,  
(Dijo la mosca discreta),  
Sobre cosas que Dios hizo  
De la mas sábía manera,  
Que entretanto yó me sálvo  
De mi enemiga sangrienta.

— De alondras y caracoles  
Dicen que háy grande cosecha.

Solucion de la charada del número anterior.

Éntre—té—ní—miento.

PROBLEMA Á RESOLVER.

¿Cuál es la máquina de la epopeya del siglo decimonono?

## LO QUE ES EL TIEMPO.

(Al salir de un báile.)

— ¡Qué placer!

— ¡Qué aburrimiento!

— Adios, Juan.

— Hasta mañana.

— (Señor! qué noche tan corta!)

— (Señor! qué noche tan larga!)

## JURAMENTOS FALSOS.

Á la luz de la luna dos amantes  
júranse eterno amor!

Tú, que todo y á todos nos perdonas,  
perdónales, Señor!

R. TEJADA Y ALONSO.

## Soluciones á preguntas del número 1.º de este periódico.

## Los Mistérios Eleusinos.

En todos tiempos les há habido: los nombres han variado, mas nó el suceso.

La sociedad secreta há existido siempre en una ú otra parte por honda desgracia del género humano.

Hoy llaman á ésto los incáutos espiritismo. El génio del mal hace creer á sus desventurados sirvientes, que no él, sinó las álmás de los que han salido de este mundo háblan, mueven, conducen las plúmas de lós tan lástimosamente seducidos.

¡Error trascendental y bien funesto! ¡forzoso es trabajar por disiparle! Debe ahogarse el mal con la abundancia del bien.

## Los anteójos.

Unos hombres les llevan por no ser tan conocidos: ótros porque entre cristales se colocan los objetos mas misteriosamente: ótros úsan esos anteójos, no para ver, sinó para no ver tanto. Son estos menesteres adminículos apropósito para conservar las distancias y elevarse una potencia. La veladura favorece al cuadro. ¡Hay mucha filosofía en las mas menudas cosas!

## ¿Quién es el más feliz?

El que goza inocentemente con menos. La diversion del hombre puede definirle.

## Preguntas á quién quiera responderlas.

¿En dónde tiene su origen el estilo árabe en todo lo tocante á los monumentos del arte?

¿Qué significan los palos tratándose de náipes?

¿Cuál es la boca que más traga?

¿Cómo tendríamos un calendáριο natural sin cálculos ni la ciencia que éstos necesitan?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocáδιο Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos, — 3-2.º — Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.º

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.